

intervalo redobló aquella sublime gracia que desde el primer instante poseyó, pues correspondiendo ella con todas las fuerzas y perfecciones en cada acto que hacía, redoblaba en consecuencia sus méritos a cada instante. De este modo podemos decir que si en el primer instante tuvo mil grados de gracia, en el segundo reunió dos mil, en el tercero cuatro mil, en el cuarto ocho mil, en el quinto dieciséis mil, y en el sexto treinta y dos mil. Y estamos ahora sólo en el sexto instante; pero multiplicad así por un día entero, por nueve meses, y considerar qué tesoros de gracias, de méritos y santidad trajo María al mundo cuando nació.

Regocijémonos, pues, con nuestra Niña por haber nacido tan santa, tan amada de Dios y tan llena de gracia. Y regocijémonos no sólo por Ella, sino también por nosotros, pues viene al mundo llena de gracia, no sólo para su gloria, sino aun para nuestro bien. Santo Tomás, en su opúsculo cuarto, considera que la santísima Virgen estuvo de tres modos llena de gracia. Principalmente lo estuvo en el alma, de suerte que desde el principio su hermosa alma fue toda de Dios. En segundo lugar, lo estuvo en el cuerpo, de modo que mereció vestir al Verbo eterno de su purísima carne. En tercer lugar, estuvo llena de gracia para el interés común, a fin de que todos los hombres pudieran participar de Ella. Algunos Santos, añade el angélico Doctor, alcanzan tanta gracia que no sólo es suficiente para sí, sino también para salvar a otros muchos, pero no a todos los hombres. Una gracia tan grande solamente se confirió a Jesucristo y María³³; de modo que

³³ Opusc. 8.

lo que San Juan dice de Jesús: “De la plenitud de éste todos hemos participado”³⁴, lo dicen también los Santos de María. Santo Tomás de Villanueva: “Llena de gracia, de cuya plenitud reciben todos.” De manera, dice San Anselmo, que no hay quien no participe de la gracia de María. Y ¿qué mortal no ha experimentado la benignidad de María y no ha recibido de Ella alguna misericordia? Pero debemos observar que de Jesús recibimos la gracia como autor de ella, de María como mediadora; de Jesús como Salvador, de María como abogada; de Jesús como fuente, de María como canal.

Por lo que dice San Bernardo que Dios estableció a María como acueducto de las misericordias que El quería dispensar a los hombres; y por esto la llenó de gracia para que de su plenitud fuese comunicada a cada uno su parte; y en su consecuencia el Santo nos exhorta a que consideremos con cuánto amor Dios quiere que honremos a esta sublime Virgen en la cual El ha colocado todo el tesoro de sus bienes, a fin de que demos gracias a nuestra amantísima Reina por todo lo que poseemos de esperanza, de gracia y de salud, pues todo nos viene de sus manos y por su intercesión³⁵. ¡Desdichada el alma que se cierra este canal de gracias con su negligencia de encomendarse a María! Cuando Holofernes quiso apoderarse de Betulia, hizo romper los acueductos³⁶. Así obra el demonio cuando quiere apoderarse de un alma: le hace

³⁴ C. I, 16.

³⁵ Serm. de Aquacd.

³⁶ Judith VII, 6.

abandonar la devoción a María santísima; una vez cerrado este canal, pierde luego la luz, el temor de Dios y, en fin, la salvación eterna. Léase el siguiente ejemplo en el que se ve cuán grande es la piedad del corazón de María, y la ruina que se atrae el que se cierra este canal, olvidándose de la devoción a esta Reina del cielo.

EJEMPLO

Tritemio, Canisio y otros refieren que en Magdeburgo, ciudad de la Sajonia, había un hombre llamado Udon, el cual siendo joven fue de tan cortos alcances que era la burla de sus condiscípulos. Hallándose un día muy afligido por su incapacidad, fue a encomendarse a la Virgen santísima delante de una imagen suya. María se le apareció en sueños y le dijo: “Udon, te quiero consolar, y no solamente te quiero alcanzar de Dios la sabiduría suficiente para librarte de las burlas, sino también un talento tan grande que cause admiración. Además te prometo que cuando haya muerto el obispo serás elegido en su lugar.” Todo se afectuó como se lo dijo María; progresó luego en las ciencias, y obtuvo el obispado de aquella ciudad. Pero Udon fue tan desagradecido con Dios y su bienhechora que dejando toda devoción llegó a ser el escándolo de todos. Mientras una noche estaba en la cama con una sacrílega compañera, oyó una voz que le dijo: “Udon, cesa de divertirme en ofensa de Dios, bastante ha durado esto.” La primera vez que oyó estas palabras se enojó pensando que sería algún hombre que pretendía corregirle; pero viendo que las repitieron en

la segunda y tercera noche, empezó a recelar que aquella voz fuese del cielo. A pesar de esto continuó en su mala vida; mas después de tres meses que Dios le concedió para que se arrepintiera, he aquí el castigo que sufrió: Hallábase una noche en la iglesia de San Mauricio un devoto canónigo llamado Federico, rogando a Dios que se dignase poner remedio al escándalo que daba el prelado, cuando he aquí que se abrió la puerta de la iglesia empujada por un fuerte viento. Luego entraron dos jóvenes con antorchas encendidas en las manos, y se colocaron a los lados del altar mayor; entraron después otros dos, los cuales tendieron un tapete delante del mismo altar, y pusieron sobre de él dos sillas de oro. Entró luego otro joven en traje de militar con espada en mano, el cual deteniéndose en medio de la iglesia gritó: “¡Oh Santos del cielo que tenéis vuestras sagradas reliquias en esta iglesia, venid a presenciar la gran justicia que hará el supremo Juez!” A estas voces aparecieron muchos Santos, y también los doce Apóstoles como asesores de este juicio, y en fin entró Jesucristo, quien se sentó en una de aquellas dos sillas. Después apareció María acompañada de muchas santas vírgenes, y el Hijo la hizo sentar en la otra silla. Entonces ordenó el Juez que trajesen el reo, que era el desdichado Udon. San Mauricio habló pidiendo justicia de parte de aquel pueblo escandalizado por su vida infame. Todos levantaron la voz diciendo: “Señor, merece la muerte.” “Que muera, pues”, dijo el Juez eterno. Mas antes de ejecutarse la sentencia (véase cuán grande es la piedad de María), la compasiva Madre salió de la iglesia para no asistir a un acto de justicia tan tremendo; y luego el

celestial ministro de la espada que entró con los primeros se acercó a Udon, le hizo saltar de un golpe la cabeza del cuerpo, y desapareció la visión. La iglesia se hallaba a oscuras; y cuando el canónigo iba temblando a encender luz a una lámpara, volvióse y vio el cuerpo de Udon sin cabeza, y el suelo todo ensangrentado. Habiendo amanecido, el pueblo acudió a la iglesia, y el canónigo le refirió toda la visión y el final de aquella horrible tragedia. En el mismo día el infeliz Udon, condenado al infierno, apareció a un capellán suyo que ignoraba todo lo que había pasado en la iglesia. El cadáver de Udon fue echado a una laguna, y su sangre quedó para perpetua memoria en el pavimento de la iglesia, que está cubierto siempre con una alfombra, y desde entonces se acostumbra levantarlo cuando toma posesión el nuevo obispo, a fin de que a la vista de semejante castigo piense en arreglar bien su vida, y en no ser ingrato a las gracias del Señor y de su santísima Madre.

ORACIÓN

¡Oh santa y celestial Niña!, Vos que sois la Madre destinada a mi Redentor y la gran mediadora de los miserables pecadores, tened piedad de mí. Mirad a vuestros pies a un ingrato que acude a Vos y os pide misericordia. Es verdad que por haber sido desagradecido con Dios y con Vos merecería que ambos me abandonaseis, pero oigo decir y creo, sabiendo cuán grande es vuestra misericordia, que Vos no rehusáis ayudar al que se encomienda a Vos con confianza. ¡Oh criatura la más sublime del universo!, supuesto que

sólo Dios os aventaja, y delante de Vos los más grandes del cielo os son inferiores, oh Santa de los Santos, oh María, abismo de gracia y llena de gracia, socorred a un miserable que la ha perdido por su culpa. Sé que sois tan amada de Dios que nada os niega. Sé también que os complacéis empleando vuestra grandeza en aliviar a los miserables pecadores. ¡Ah!, mostrad cuán grande es la gracia que poseéis con Dios, alcanzándome una luz y una llama divina tan poderosa que me convierta de pecador en santo, y que alejando de mí todo afecto terreno me inflame en el amor divino. Hacedlo, Señora, Vos que todo lo podéis. Hacedlo por amor de aquel Dios que os hizo tan grande, tan misericordiosa y tan compasiva. Así lo espero. Amén.

DISCURSO III

DE LA PRESENTACION DE MARÍA

La ofrenda que María hizo de sí misma a Dios fue pronta y sin demora, entera y sin reserva.

Jamás hubo ni habrá ofrenda de una pura criatura más grande ni más perfecta que la que María hizo a Dios a la edad de tres años cuando se presentó al templo para ofrecerle no aromas, ni becerrillos, ni talentos de oro, sino toda su persona en perfecto holocausto, consagrándose víctima perpetua en honor suyo. Ella oyó la voz de Dios que desde entonces la llamaba a consagrarse toda a su amor con aquellas

palabras: "Levántate, apresúrate, amiga mía, y ven"¹. Y por esto quería su Señor que desde entonces se olvidase de su patria, de sus parientes y de todo para dedicarse exclusivamente a amarle y complacerle: "Escucha, oh hija, y considera, y presta atento oído, y olvida a tu pueblo y la casa de tu padre"². Y Ella obedeció luego a la divina voz. Consideremos, pues, cuán agradable fue a Dios la ofrenda que María le hizo de sí misma, porque se ofreció pronta y enteramente, activa y sin tardanza, entera y sin reserva: dos puntos distintos. Entremos en materia.

PUNTO I

María se ofreció prontamente a Dios. Aunque desde el primer momento en que esta celestial Niña fue santificada en el vientre de su madre, que fue en el primer instante de su Inmaculada Concepción, recibió el uso perfecto de la razón para poder empezar desde entonces a merecer, según la común opinión de los doctores, acordes con el padre Suárez, el cual dice que siendo el modo más perfecto que Dios usa para santificar a un alma, el de hacerlo por su propio mérito, como enseña Santo Tomás³, debe creerse que la santísima Virgen fue santificada de este modo⁴. Y si se concedió este privilegio a los Angeles y a Adán, como

¹ Cant. II, 10.

² Ps. XLIV, 11.

³ 3 p. q. 19, a. 3.

⁴ Tom. 2 in 3 p. D 1 8

dice el angélico Doctor⁵, con mayoría de razón debe admitirse que fue concedido a la divina Madre, a la cual, habiéndose dignado Dios elegir por madre suya, debe ciertamente creerse que le confirió mayores dones que a todas las demás criaturas, según enseña el mismo santo Doctor⁶. Pues que en su calidad de Madre, dice el padre Suárez, tiene en cierto modo un derecho particular a todos los dones de su Hijo⁷. Y así como por la unión hipostática Jesús debió tener la plenitud de todas las gracias, así convino también por razón de la divina maternidad que Jesús por deuda natural confiriese a María mayores gracias que las concedidas a todos los demás Santos y Angeles.

Por esto desde el principio de su vida María conoció a Dios, y le conoció tanto “que ninguna lengua — como dijo el Angel a Santa Brígida — es bastante para explicar cuánto la inteligencia de la bienaventurada Virgen llegó a penetrar a Dios desde el primer momento que le conoció”⁸. Iluminada María desde entonces con aquella primera luz, se ofreció toda al Señor, dedicándose enteramente a su amor y a su gloria, según el Angel prosiguió diciendo a Santa Brígida⁹: “Al instante nuestra Reina determinó sacrificar su voluntad a Dios, con todo su amor, por todo el tiempo de su vida. Y nadie es capaz de conocer cuánto se sujetó entonces su voluntad a abrazar todas las cosas de su gusto.”

⁵ 1 p. q. 63, a. 5 et q. 95, a. 2.

⁶ 3 p. q. 27, a. 5.

⁷ D. 2 in 3 p. D. 1, 5, 2.

⁸ Serm. Ang. c. 4.

⁹ Loc. cit.

Mas conociendo después la inmaculada Niña que sus santos padres Joaquín y Ana habían prometido a Dios aun con voto, según refieren varios autores, que si les concedía sucesión la consagrarían a su servicio en el templo, y teniendo los judíos la antigua costumbre de cerrar a sus hijas en algunas celdas que había alrededor del mismo, según refieren Baronio, Nicéforo, Cedreno, Suárez y el historiador Josefo, con la autoridad de San Juan Damasceno, de San Jorge de Nicomedia, de San Anselmo¹⁰ y de San Ambrosio¹¹; y conforme se infiere claramente del libro segundo de los Macabeos, en donde hablando de Hiliodoro que quería asaltar el templo para apoderarse del tesoro que se hallaba allí depositado, se dice: Que temiendo las doncellas que estaban allí encerradas que aquel lugar fuese profanado, huyeron a la casa de Onías, María, digo, no ignorando esto, apenas llegó a la edad de tres años, como atestiguan San Germán y San Epifanio, que dice: A los tres años fue ofrecida en el templo¹²; edad en que las niñas desean y necesitan más la asistencia de sus padres, Ella quiso ofrecerse solemnemente y consagrarse a Dios presentándose en el templo, por lo que fue la primera en rogar con instancia a sus padres que la llevasen al templo para cumplir su promesa. Y su santa madre, dice San Gregorio Niceno, se apresuró a llevarla al templo y ofrecerla a Dios¹³.

Y he aquí cómo Joaquín y Ana, sacrificando gene-

¹⁰ De Form. et Mor. B. M.

¹¹ De Virg. l. I.

¹² Serm. de Laud. Virg.

¹³ Ot. de Nat. Christ.

rosamente a Dios lo que sus corazones amaban más sobre la tierra, parten de Nazareth llevando alternativamente en sus brazos a su muy amada y tierna hija, pues ella no hubiera podido andar a pie una distancia tan larga de ochenta leguas que separan a Nazareth de Jerusalén, como refieren muchos autores. Viajaban así acompañados de pocos parientes, pero legiones de Angeles, dice San Jorge Nicomediense, formaban su cortejo, y servían durante el camino a la inmaculada Virgen, que iba a consagrarse a la divina Majestad¹⁴. “¡Oh bella Princesa!, ¡con qué gracia caminan tus pies¹⁵!” ¡Oh cuán hermosos, debían cantar entonces los Angeles, cuán agradables son a Dios los pasos que das para ir a ofrecértele, oh hija predilecta de nuestro común Señor! Dios mismo, dice San Bernardino de Bustos, celebró una gran fiesta con toda su corte celestial al entrar su Esposa en el templo¹⁶, pues nunca había visto una criatura más santa y más amada que fuese a ofrecérsele¹⁷. Id, pues, le decía San Germán, arzobispo de Constantinopla, id, oh Reina del mundo, oh Madre de Dios, id llena de júbilo a la casa del Señor a esperar la venida del Espíritu divino, que os hará Madre del Verbo eterno¹⁸.

Luego que la santa comitiva llega al templo, la amable Niña se vuelve a sus padres, y besándoles arrodillada las manos les pide la bendición, y después sin volver la vista atrás sube las quince gradas del

¹⁴ De oblat. Deip.

¹⁵ Cant. VII, l.

¹⁶ Marial. p. 4, Serm. 1.

¹⁷ Loc. cit.

¹⁸ De oblat. Virg.

templo, como refiere Arias Montano citando a Josefo, y se presenta al sacerdote San Zacarías, según dice San Germán. Y renunciando entonces al mundo y a todos los bienes que él promete a sus secuaces, se ofrece y consagra a su Criador.

En tiempo del diluvio, el cuervo que Noé envió fuera del arca se quedó a devorar los cadáveres, pero la paloma sin pararse en parte alguna volvió luego al arca¹⁹. Muchos hombres enviados por Dios a este mundo se detienen desgraciadamente en él para saciarse de los bienes terrenos; pero no obró así nuestra celestial paloma María: Ella conoció que Dios debe ser nuestro único bien, nuestra única esperanza, y nuestro único amor; conoció que el mundo está lleno de peligros, y que quien más pronto le deja queda más libre de sus lazos; por lo que procuró huir de él desde su más tierna edad, y fue a encerrarse en el sagrado retiro del templo para poder oír allí mejor la voz del Señor, y honrarle y amarle aún más. Así la santísima Virgen desde sus primeras acciones se hizo agradable a su Dios, como le hace decir la santa Iglesia: "Congratulaos conmigo todos los que amáis al Señor, de que siendo niña fui del agrado del Altísimo"²⁰. Por esto fue comparada a la luna, pues así como este astro concluye su curso más pronto que los otros planetas, así María llegó a la perfección más pronto que todos los Santos, entregándose a Dios pronta y sin tardanza, enteramente y sin reserva. Pasemos al segundo punto donde tendremos mucho que decir.

¹⁹ Gen. VIII. 9.

²⁰ In 2. Resp. 1. Noct. in Fest. S. M. ad Niv.

PUNTO II

Bien sabía la iluminada Niña que Dios no acepta un corazón dividido, sino que lo quiere todo consagrado a su amor, según el precepto que nos dio: "Amarás al Señor tu Dios de todo tu corazón." Por lo que ella desde el primer instante de su vida empezó a amar a Dios con todas sus fuerzas, y se entregó a El enteramente. Pero su santísima alma suspiraba con ardor porque llegase el tiempo de consagrarse todo en efecto y de una manera pública y solemne. Consideremos, pues, con cuánto fervor la amante doncellita, viéndose ya encerrada en aquel santo lugar, primeramente se postraría a besar aquella tierra como casa del Señor; luego adoraría a su infinita Majestad, le daría gracias por haberse dignado admitirla durante algún tiempo a habitar en su casa; y después se consagró toda a su Dios sin reserva de cosa alguna, ofreciéndole todas sus potencias y sentidos, todo su entendimiento, todo el corazón, toda el alma y todo el cuerpo: pues entonces fue, según se cree, cuando para agradar a Dios hizo el voto de virginidad, voto que María fue la primera en hacerlo, según el abad Ruperto²¹. Y se ofreció toda sin limitación de tiempo, como afirma Bernardino de Bustos²²; porque Ella tuvo entonces intención de dedicarse a servir a la divina Majestad en el templo durante toda su vida, si así placiese a Dios, sin salir nunca de aquel sagrado recinto. ¡Oh!, con qué afecto exclamaría entonces: "Mi amado es todo para

²¹ L. I de Ins. Virg.

²² Mar. p. 4. Serm. I.

mí, y yo soy toda para El”²³. Toda viviré para El, como comenta el cardenal Hugo, y toda para El moriré. Señor y Dios mío, diría, he venido aquí sólo para complaceros y tributaros todo el amor que puedo, aquí quiero vivir toda para Vos, y morir por Vos si es de vuestro agrado: aceptad el sacrificio que os hace esta pobre sierva esclava, y ayudadme a seros fiel.

Considerando aquí cuán santa fue la vida de María en el templo, en donde fue creciendo siempre en perfección como crece en luz la aurora, ¿quién podrá jamás explicar cuánto resplandecían en ella de día todas sus virtudes, la caridad, la modestia, la humildad, el silencio, la mortificación y la mansedumbre? Plantado en la casa de Dios este hermoso olivo, dice San Juan Damasceno, regado por el Espíritu Santo, llegó a ser la morada de todas las virtudes²⁴. En otro lugar dice el mismo Santo: “El rostro de la Virgen era modesto, el ánimo humilde, las palabras amorosas, saliendo de un alma recogida”²⁵. Y en otra parte afirma que la Virgen alejó el pensamiento de todas las cosas terrenas, abrazando todas las virtudes. Ejercitando, pues, así la perfección, hizo en poco tiempo tan grandes progresos, que mereció ser hecha digno templo de Dios²⁶.

Hablando también San Anselmo de la vida de la santísima Virgen en el templo, dice que María era dócil, hablaba poco, estaba siempre recogida sin reírse ni turbarse jamás. Perseveraba en la oración, en la

²³ Cant. n. 16.

²⁴ Lib. 4 de Fid., c. 15.

²⁵ Orat. 1 de Nat. Virg.

²⁶ De Fid. Ort. L. 4, c. 15.

lectura de los Libros Sagrados, en los ayunos y en todas las obras virtuosas²⁷. San Jerónimo refiere de Ella cosas más particulares aún. “María —dice— tenía arreglada así su vida: desde el amanecer hasta tertia oraba; de tertia hasta nona se ocupaba en alguna labor; a nona volvía a orar hasta que el Angel le traía la comida, según costumbre. Procuraba ser la primera en las vigiliass, la más exacta en observar la ley divina, la más profunda en la humildad, y la más perfecta en todas las virtudes. Nadie la vio jamás enojada; todas sus palabras respiraban tanta dulzura que se reconocía siempre en ellas el Espíritu de Dios”²⁸.

Reveló además la misma divina Madre a Santa Isabel, virgen, de la Orden de San Benito en el monasterio de Sconangia, según refiere San Buenaventura, que cuando sus padres la dejaron en el templo, resolvió tener sólo a Dios por padre, y con frecuencia reflexionaba qué era lo que podía practicar para complacerle²⁹. A más de esto determinó consagrarle su virginidad, y no poseer cosa alguna en el mundo, sometiendo a Dios toda su voluntad. Le dijo también que entre todos los preceptos se propuso observar principalmente el del amor de Dios; y que a medianoche iba al altar del templo a rogar al Señor que le concediese la gracia de observar sus preceptos, y de hacer que viese nacida la Madre del Redentor, suplicándole que le conservase los ojos para verla, la lengua

²⁷ De Form. et mor. B. V.

²⁸ S. Hier. ap. l' Is., della vita di Maria del P. Gius. de Gesù e Maria Carm. Scalzo, lib. 2, c. 1.

²⁹ De Vita Christi, c. 3.

para alabarla, las manos y los pies para servirla, y las rodillas para adorar en su seno a su divino Hijo. Al oír Santa Isabel estas palabras de María, le dijo: “Pero Señora, ¿no estabais llena de gracia y de virtud?” Y María le contestó: “Sepas que yo me consideraba como la más vil de las criaturas, e indigna de la gracia de Dios; por esto pedía la gracia y la virtud.” Finalmente, para persuadirnos de la absoluta necesidad que tenemos todos de pedir a Dios las gracias que nos son indispensables, María le añadió: “¿Piensas tú acaso que yo he obtenido la gracia y las virtudes sin trabajo? Sepas que no he recibido de Dios gracia alguna sin gran trabajo, continuas oraciones, deseo ardiente y muchas lágrimas y penitencias.”

Pero lo que sobre todo es digno de consideración son las revelaciones hechas a Santa Brígida sobre las virtudes y ejercicios que practicó la bienaventurada Virgen en su infancia, y está contenido en estas palabras: Desde niña, María estuvo llena del Espíritu Santo, y a medida que iba creciendo en edad, crecía en ella la gracia. Desde entonces se propuso amar a Dios de todo corazón, de modo que ni con sus palabras ni con sus acciones le ofendiese, y por esto despreciaba todos los bienes de la tierra, y daba cuanto podía a los pobres. Era tan sobria, que sólo tomaba el alimento absolutamente necesario para sustentar el cuerpo. Habiendo aprendido en la Sagrada Escritura que Dios debía nacer de una virgen para redimir al mundo, se inflamó de tal modo su espíritu en el divino amor, que no deseaba más que a Dios y sólo pensaba en El, y complaciéndose únicamente en el Señor, evitaba hasta la conversación de sus padres, a fin de no distraerse de

la memoria de Dios. En fin, deseaba vivamente poder ver la venida del Mesías, para servir de esclava a aquella feliz doncellita que mereciese ser su Madre. He aquí lo que dicen las revelaciones hechas a Santa Brígida³⁰.

¡Ah! por el amor de esta sublime Niña el Redentor aceleró su venida al mundo, pues al paso que ella en su humildad no se creía ni aun digna de ser la sierva de la divina Madre, fue elegida para ser esta Madre, y con el olor de sus virtudes y el poder de sus ruegos atrajo a su seno virginal al Hijo de Dios. Por esto el divino Esposo llamó a María tórtola³¹, no sólo porque a ejemplo de esta ave amó siempre la soledad, viviendo en este mundo como en un desierto, sino también porque como tortolilla que hace resonar sus gemidos por los campos, María gemía en el templo compadeciéndose de las miserias del mundo perdido, y pidiendo a Dios nuestra común redención. ¡Oh!, ¡con cuánto amor y afecto repetía a Dios en el templo las súplicas y los suspiros de los profetas para que enviase al Redentor! “Envía, oh Señor, el Cordero dominador de la tierra”³². “Cielos, enviad rocío de lo alto, y las nubes lluevan al Justo”³³. “¡Ojalá rompieras los cielos y descendieses!”³⁴.

En una palabra, Dios se complacía en ver cómo esta doncellita iba llegando por grados a la cumbre de la

³⁰ L. 1 et l. 3, c. 8.

³¹ Cant. II, 12.

³² Isai. XVI, 1.

³³ Isai. XLV, 8.

³⁴ Ibídem LXIV, 1.

perfección a manera de una nubecilla de perfumes, exhalando los olores de todas las virtudes, como la describe el Espíritu Santo en los sagrados Cantares³⁵. Verdaderamente, dice Sofronio, era esta santa Niña el jardín de las delicias del Señor, pues hallaba en él toda clase de flores y los olores de todas las virtudes³⁶; por lo que San Juan Crisóstomo afirma³⁷ que Dios eligió a María para Madre suya sobre la tierra, porque no halló en Ella una virgen más santa ni más perfecta, ni un lugar más digno para habitar que su sacrosanto vientre, como dice también San Bernardo, asegurando San Antonino que la bienaventurada Virgen, para ser elegida y destinada a la dignidad de Madre de Dios, debió poseer una perfección tan grande y consumada que excediese a la de todas las demás criaturas³⁸.

Del mismo modo, pues, que la santa niña María se presentó y se ofreció a Dios en el templo pronta y enteramente, así nosotros presentémonos en este día sin tardanza y sin reserva a María, y roguémosla que nos ofrezca a Dios, quien no nos rechazará al vernos presentados por mano de la que fue templo vivo del Espíritu Santo, delicia de su Señor y Madre escogida del Verbo eterno. Pongamos toda nuestra esperanza en esta excelsa y agradecidísima Soberana que recompensa con mucho amor los obsequios que le tributan sus siervos, como puede inferirse del siguiente

³⁵ Cant. III, 6.

³⁶ Serm. de Ass.

³⁷ Ap. Canis. l. I de B. V.

³⁸ Part. 4, tit. 15, c. 6.

EJEMPLO

En la vida de sor Dominica del Paraíso, escrita por el padre Ignacio del Niente, dominicano, se lee que en una aldea llamada Paraíso, cerca de Florencia, nació esta doncellita de padres pobres. Desde niña empezó a servir a la divina Madre. Todos los días de la semana ayunaba en honor suyo, y el sábado distribuía a los pobres la comida de que se había privado, e iba al jardín de su casa o a los campos vecinos a coger todas las flores que podía, y las colocaba delante de una imagen de la santísima Virgen con el niño Jesús en los brazos, que tenía en su casa. Mas veamos ahora con cuántos favores la agradecidísima Señora recompensaba los obsequios que su sierva le ofrecía. Hallándose un día Dominica a la ventana, cuando sólo tenía diez años, vio en la calle a una mujer hermosa que llevaba consigo un niño, y los dos extendían las manos en actitud de pedir limosna. Va ella a buscar pan, y he aquí que sin abrir la puerta se los ve delante, y observa que el niño tenía atravesadas las manos, los pies y el pecho; por lo que preguntó a la mujer: “¿Quién ha herido a este niño?” “El amor”, contestó la mujer. Dominica prendada de la hermosura y modestia de aquel niño, le preguntó si le dolían aquellas heridas; pero él sólo respondió con una sonrisa. Entre tanto, hallándose ya todos cerca de las imágenes de Jesús y de María, la mujer dijo a Dominica: *Dime, hija mía, ¿quién te mueve a coronar de flores a estas imágenes?* Ella contestó: *Me mueve el amor que profeso a Jesús y a María.* ¿Y les amas mucho?, replicó la mujer. *Les amo cuanto puedo.* Y ¿cuánto puedes?, volvió a preguntarle.

Cuanto ellos me ayudan. Prosigue, dijo entonces la mujer, prosigue en amarles, que ellos te lo recompensarán bien en el cielo.

Luego, sintiendo la doncella que las llagas exhalaban un celestial olor, preguntó a la Madre con qué ungüento las ungía, y si este podía comprarse; a lo que la mujer le contestó que se compraba con la fe y con las obras. Dominica les ofreció pan, y la Madre le dijo: “La comida de este hijo mío es el amor; dile que amas a Jesús, y le llenarás de contento.” Apenas el niño oyó el nombre de amor empezó a alegrarse, y volviéndose a la doncellita le preguntó si amaba mucho a Jesús. Ella le contestó que le amaba tanto, que día y noche estaba pensando siempre en El, y sólo procuraba complacerle en todo lo que podía. “Ahora bien —añadió El—, ámale, que el amor te enseñará lo que debes practicar para complacerle.” Aumentándose después el olor que aquellas llagas despedían, Dominica exclamó: “¡Oh Dios mío!, este olor me hace morir de amor. Si el olor de un niño es tan suave, ¿qué será el olor del paraíso?” Mas he aquí que entonces se cambia la escena: la Madre apareció vestida de Reina y circuida de luz, y el niño hermoso y resplandeciente como el sol, y tomando aquellas mismas flores, las esparció sobre la cabeza de Dominica, la cual, reconociendo en aquellos personajes a María y a Jesús, se había postrado para adorarles. Así terminó la visión. Dominica tomó después el hábito de Santo Domingo, y murió en opinión de santa en el año 1553.

¡Oh niña querida de Dios, amabilísima María!
¡Ojalá que así como Vos os presentasteis en el templo
y pronta y enteramente os consagrasteis a la gloria y al
amor de vuestro Dios, así pudiese yo ofreceros hoy a
mi vez los primeros años de mi vida para dedicarme
todo al servicio de una Señora tan santa y dulcísima!
Mas ya no estoy a tiempo, porque desgraciadamente
he perdido muchos años sirviendo al mundo y a mis
caprichos, casi enteramente olvidado de Vos y de Dios.
Pero vale más empezar tarde que nunca. Vedme aquí,
oh María, hoy me presento a Vos y me ofrezco todo a
vuestro servicio por el tiempo que me quede de vida,
renuncio como Vos a todas las criaturas, y me dedico
únicamente al amor de mi Criador. Os consagro, pues,
oh Reina, mi entendimiento, para que sólo piense
siempre en el amor que os merecéis, mi lengua para
alabaros, mi corazón para amaros. Aceptad, santísima
Virgen, la ofrenda que os hace este miserable pecador;
aceptadla, os suplico, por aquel consuelo que experi-
mentó vuestro corazón cuando en el templo os
consagrasteis a Dios. Y si empiezo tarde a servirlos,
justo es que compense el tiempo perdido redoblándoos
los servicios y el amor. Alentad con vuestra poderosa
intercesión, oh Madre de misericordia, mi debilidad,
alcanzándome de vuestro Jesús la perseverancia y la
fortaleza para seros fiel hasta la muerte, a fin de que
después de haberos servido en esta vida, pueda ala-
baros eternamente en el cielo. Amén.

DISCURSO IV

DE LA ANUNCIACIÓN DE MARÍA

María en la encarnación del Verbo no pudo humillarse más de lo que se humilló. Dios, al contrario, no pudo exaltarla más de lo que la exaltó.

“El que se exalta será humillado, y el que se humilla será exaltado.” Esta palabra del Señor no puede faltar¹. Por lo cual, habiendo resuelto Dios hacerse hombre para redimir al hombre perdido, manifestando así al mundo su infinita bondad, y debiendo en la tierra escogerse Madre, iba buscando entre las mujeres a la que fuese más santa y más humilde. Pero entre todas sólo vio a una, que fue la Virgen María, la cual, cuanto más perfecta era en las virtudes, tanto más sencilla y humilde era cual paloma a sus ojos. “Es infinito el número de las doncellas —decía el Señor—, pero sólo una es mi paloma, mi perfecta”¹. “Esta será —dijo el Señor— la que he escogido para Madre.” Veamos, pues, cuán humilde fue María, y cuánto la exaltó Dios por su humildad. María en la encarnación del Verbo no pudo humillarse más de lo que se humilló; éste será mi primer punto. Dios no pudo exaltar a María más de lo que la exaltó.

PUNTO I

Hablando el Señor en los sagrados Cantares de la humildad de esta humilísima Virgen dijo: “Estando

¹ Matth. XXIII. 12.

el Rey en su reclinatorio, mi nardo exhaló su fragancia”². San Antonino comenta las citadas palabras y dice que el nardo, planta muy pequeña y baja, figura la humildad de María, cuyo olor subía al cielo, y desde el seno del eterno Padre atrajo a su vientre virginal al Verbo divino³. De manera que atraído el Señor del olor de esta humilde Virgen, la eligió para su Madre cuando quiso hacerse hombre para redimir al mundo. Pero El, para mayor gloria y mérito de su Madre, no quiso hacerse su Hijo sin tener antes su consentimiento, según dice el abad Guillermo⁴. Así, mientras la humilde doncellita retirada en su pobre aposento suspiraba y rogaba a Dios con más ahínco y más vivos deseos para que enviase al Redentor, como le fue revelado a Santa Isabel, monja de San Benito, he aquí que viene el arcángel Gabriel trayéndole la grande embajada; entra y la saluda diciendo: “Dios te salve, oh llena de gracia; el Señor es contigo; bendita tú eres entre todas las mujeres”⁵. Dios te salve, oh Virgen, llena de gracia; pues siempre fuisteis más rica en gracia que todos los demás Santos. El Señor es contigo, porque sois tan humilde. Vos sois bendita entre todas las mujeres, porque todas las demás incurrieron en la maldición del pecado original; pero Vos, Madre del Bendito, habéis sido y seréis siempre bendita y exenta de toda mancha.

¿Qué contesta la humilde María a esta salutación tan llena de elogios? Nada responde, sino que pen-

² Cant. VI, 8.

³ Cant. I, 11.

⁴ P. 4, tit. 15, cap. 21, pár. 2.

⁵ In Cant. 3.

sando en Ella se turbó; y ¿por qué se turbó? ¿Acaso por el temor de que aquello fuese una ilusión, o por modestia, al ver un hombre, como pretenden algunos que creen que el Angel se le apareció en forma humana? No; el texto es claro, como observa Eusebio Emiseno. Su turbación, pues, provino de la humildad al oír aquellas alabanzas, de que era tan indigna, según la opinión que Ella tenía de sí misma. Reflexiona sobre esto San Bernardino y dice que si el Angel le hubiese dicho que Ella era la mayor pecadora del mundo, María no se hubiera sorprendido de aquel modo; pero que al oír aquellos sublimes elogios, quedó sumamente turbada⁶. Se turbó porque estando tan llena de humildad aborrecía toda alabanza personal, y deseaba que sólo su Criador y dispensador de todo bien fuese alabado y bendecido, conforme Ella misma lo declaró a Santa Brígida hablando de la época en que fue hecha Madre de Dios⁷.

Pero yo digo, la bienaventurada Virgen sabía muy bien por las Sagradas Escrituras que había llegado ya el tiempo anunciado por los profetas de la venida del Mesías; que las semanas de Daniel ya se habían cumplido; que según la profecía de Jacob el cetro de Judá había pasado ya a manos de Herodes, rey extraño; y sabía ya que una Virgen debía ser la madre del Mesías. Oye después que el Angel le dirige aquellas alabanzas, que sólo parecían convenir a la Madre de Dios, ¿le ocurrió quizás entonces el pensamiento de que tal vez ella era la Madre de Dios elegida? No, su

⁶ Luc. I, 28.

⁷ Serm. 35 de Ann. Inc. p. 3.

profunda humildad no le sugirió semejante idea. Aquellas alabanzas solamente le causaron un gran temor, de manera que, según observa San Pedro Crisólogo, así como el Salvador quiso ser confortado por un Angel, así fue también necesario que viendo San Gabriel a María tan consternada por aquella salutación, la animase diciendo: No temáis, ¡oh María!, ni os admiréis de los sublimes títulos con que os he saludado, pues si Vos sois tan pequeña y humilde a vuestros propios ojos, Dios que exalta a los humildes os ha hecho digna de hallar la gracia que los hombres perdieron; y por esto El os ha preservado de la mancha común a todos los hijos de Adán; por esto desde el instante de vuestra concepción os ha adornado de una gracia mayor que la de todos los Santos; y por esto, en fin, ahora os exalta hasta escogeros por Madre suya. “He aquí que concebirás, y parirás un Hijo a quien pondrás por nombre Jesús.”

“Ea, mi Soberana, ¿a qué aguardáis? El Angel espera vuestra respuesta”, dice aquí San Bernardo, y más la esperamos nosotros que estamos ya condenados a muerte⁸. “Mirad, oh Madre nuestra —prosigue diciendo San Bernardo—, que ya se os ofrece el precio de nuestra salvación, que será el Verbo divino hecho hombre en vuestro seno; si Vos le aceptáis por Hijo, luego seremos libres de la muerte. Mientras vuestro mismo Señor —prosigue San Bernardo— se ha enamorado de vuestra belleza, desea vuestro consentimiento en el cual ha determinado salvar al mundo”⁹.

⁸ L. 1 Rev. c. 13.

⁹ Hom. 4 sup. Miss.

“Contestad presto, Señora, no retardéis más la salvación del mundo, que depende ahora de vuestro consentimiento”¹⁰.

Mas ya responde María al Angel y le dice: “He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra.” ¡Oh respuesta más hermosa, más humilde y más prudente de cuantas hubiera podido inventar toda la sabiduría de los hombres y de los Angeles juntos, aun cuando la hubieran pensado un millón de años! ¡Oh poderosa respuesta que alegraste al cielo, e hiciste descender sobre la tierra un mar inmenso de gracias y de bienes! Respuesta que apenas salida del humilde corazón de María atrajiste del seno del eterno Padre al Hijo unigénito a su purísimo seno para hacerse hombre. Sí, porque desde el momento que fueron proferidas aquellas palabras: “He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra”, el Verbo se hizo carne, y el Hijo de Dios quedó hecho también Hijo de María. ¡Oh poderoso hágase!, exclama Santo Tomás de Villanueva. ¡Oh palabra eficaz! ¡Oh palabra elevada sobre toda palabra digna de veneración!¹¹, pues con los otros *hágase* Dios creó la luz, el cielo y la tierra, pero con este *hágase* de María, dice el Santo, un Dios se hizo hombre como nosotros.

Pero no nos separemos de nuestro punto, consideremos la grande humildad de la Virgen María en esta contestación. Aunque se hallaba iluminada para conocer cuán sublime era la dignidad de Madre de Dios, y el Angel ya le había asegurado que ella era la

¹⁰ S. Bern. Loc. cit.

¹¹ Serm. 21 de Temp.

afortunada Madre elegida del Señor, sin embargo por esto no aumenta la estimación de sí misma, ni se detiene en complacerse en su elevación, considerando por una parte su nada, y por otra la infinita majestad de su Dios, que la escogió para Madre suya; se reconoce indigna de tanto honor, pero no quiere oponerse un ápice a su divina voluntad. Por lo cual, preguntada si da su consentimiento, ¿qué hace?, ¿qué dice? Anonadada en sí misma, e inflamada por otra parte en deseos de unirse más y más con su Dios, se abandona enteramente a la voluntad divina. He aquí, responde, la esclava del Señor, obligada a hacer lo que su Señor le mande; como si dijera: si el Señor me elige por su Madre, a mí que no tengo nada propio, y que cuanto poseo todo lo debo a su bondad, ¿quién podrá pensar jamás que me elija por mis méritos? ¿Qué méritos podrá nunca tener una esclava para ser elevada a Madre de su Señor? Alábase, pues, tan sola la bondad del Señor, y no a la esclava, pues es solamente bondad suya haber puesto los ojos en una criatura tan humilde como yo, para exaltarla a tal extremo.

¡Oh sublime humildad de María, exclama aquí el abad Guérnico, que la hace pequeña en su propia opinión, pero grande delante de Dios! ¡Indigna a sus ojos, pero digna a los de aquel Señor inmenso a quien el mundo no puede contener! Pero más hermosa es la exclamación que a este propósito hace San Bernardo en el sermón cuarto de la Asunción, en el cual, admirando la humildad de María, dice: “Señora, ¿cómo habéis podido formar en vuestro corazón una idea tan humilde de Vos misma con tanta pureza, con tanta inocencia y tanta plenitud de gracia como poseéis?”

“¿Y de dónde —prosigue el Santo—, oh bienaventurada Virgen, se ha arraigado tan fuertemente en Vos esta humildad tan grande, viéndoos tan honrada y exaltada de Dios? Orgullosa Lucifer al verse dotado de grande hermosura, aspiró a elevar su trono sobre las estrellas y hacerse semejante a Dios”¹². ¿Y qué hubiera dicho y pretendido este soberbio espíritu si se hubiera visto adornado de las prerrogativas de María? La humilde Virgen no obró así, pues cuanto más exaltada se vio, tanto más grande fue su humillación. “¡Ah, Señora! —concluye San Bernardo—, esta hermosa virtud os ha hecho digna de que Dios os mirase con singular amor; digna de enamorar a vuestro Rey con vuestra hermosura, digna de atraer con el suave olor de vuestra santidad al eterno Hijo desde su descanso en el seno de Dios, a vuestro purísimo vientre”¹³. Por lo que Bernardino de Bustos dice que María contrajo más mérito con esta respuesta: “He aquí la esclava del Señor”, que cuando pudieran adquirir todas las criaturas con todas sus buenas obras¹⁴.

“Así es —dice San Bernardo—; si esta inocente Virgen se hizo agradable a Dios con su virginidad, se hizo también digna con su humildad, cuanto podía merecerlo una criatura, de ser hecha Madre de su Criador”¹⁵, lo que confirma San Jerónimo diciendo que Dios la eligió por Madre en consideración a su humildad, más que a sus demás sublimes virtudes.

¹² Cant. 3 de Ann.

¹³ Isai. XIV, 14.

¹⁴ Loc. cit.

¹⁵ Mar. 12, p. 5, n. 2.

María misma lo reveló a Santa Brígida diciéndole: “¿Cómo podía yo merecer la gracia de ser hecha Madre de mi Señor, sino porque conocí mi nada y me humillé?”¹⁶. Y antes lo había declarado ya en su humildísimo cántico, cuando dijo: “Porque ha puesto los ojos en la humildad de su esclava... aquel que es todopoderoso ha hecho en mí cosas grandes”¹⁷. Sobre lo que San Lorenzo Justiniano observa, que la Virgen no dice ha puesto los ojos en la virginidad, en la inocencia, sino tan sólo en la humildad. Y por esta humildad advierte San Francisco de Sales que no pretendía María elogiar la virtud de su humildad, sino que quiso declarar que Dios había mirado su nada, y que únicamente por su bondad la había querido exaltar de este modo.

Finalmente, San Agustín compara la humildad de María a una escala por la cual el Señor se dignó bajar a la tierra para encarnarse en su seno¹⁸; lo que confirmó San Antonino diciendo que la humildad de la Virgen fue la disposición más perfecta y más próxima para ser Madre de Dios¹⁹. Con esto se comprende lo que vaticinó Isaías: “Brotará un renuevo del tronco de Jessé, y de su raíz se elevará una flor”²⁰. El beato Alberto Magno reflexiona que la flor divina, esto es, el Unigénito de Dios, según dijo Isaías, debía nacer, no del extremo o del tallo de la planta de Jessé, sino de la

¹⁶ Hom. 1 sup. Miss.

¹⁷ Lib. 2. Rev. cap. 35.

¹⁸ Luc. I.

¹⁹ Sup. Magn.

²⁰ Part. 5, tit. 15, cap. 6 et 8.

raíz, para denotar la humildad de la Madre; y más claramente lo explica el abad de Celles, quien observa que se elevará una flor, no de la cima, sino de la raíz. Y por esto dijo el Señor a su querida Hija: “Aparta de mí tus ojos, porque ellos me han hecho salir fuera de mí”²¹. Y San Agustín dice: “¿De dónde le han hecho salir, sino del seno del Padre al vientre de la Madre?” Sobre cuyo pensamiento dice el docto sabio intérprete Fernández que los humiladísimos ojos de María, con que contempló sin cesar la divina grandeza, sin perder jamás de vista su nada, hicieron tal violencia al mismo Dios, que le atrajeron a su seno²². “Y con esto se explica —dice el abad Francon— por qué el Espíritu Santo alabó tanto la hermosura de su Esposa, diciendo que tenía los ojos de paloma”²³; “porque mirando María a Dios con los ojos de sencilla y humilde paloma, le enamoró tanto con su belleza, que le encadenó con lazos de amor en su seno virginal”. “¿Y en qué parte de la tierra —prosigue el mismo abad— podía hallarse una virgen tan hermosa que con sus ojos atrajese al Rey de los cielos y le cautivase con santa violencia con los vínculos de la caridad?”²⁴ Así pues, María, diré para concluir este punto, en la encarnación del Verbo, según se ha visto desde el principio, no pudo humillarse más de lo que se humilló. Veamos ahora cómo Dios, habiéndola hecho Madre suya, no pudo exaltarla más de lo que la exaltó.

²¹ Isai. XI, 1.

²² Cant. VI, 4.

²³ In c. 14, Gen. sec. 1.

²⁴ Cant. IV, 1.

Para comprender hasta qué punto María fue exaltada sería necesario comprender cuán sublime es la excelencia y grandeza de Dios. Bastará, pues, decir que Dios hizo a esta Virgen Madre suya, para entender que no pudo exaltarla más de lo que la exaltó. Muy bien afirmó San Arnolfo Carnotense que haciéndose Dios Hijo de la Virgen la colocó en una elevación superior a la de todos los Santos y Angeles²⁵; “de manera que, a excepción de Dios —dice San Efrén—, aventaja sin comparación a todos los espíritus celestiales”²⁶; lo que confirma San Andrés Cretense diciendo: “Fuera de Dios es superior a todos”²⁷. “Señora —exclama San Anselmo—, Vos no tenéis quién os iguale, porque todos los demás o bien os aventajan, o bien os son inferiores; sólo Dios os es superior, y todos los otros os son inferiores”²⁸. “Finalmente, es tan grande —añade San Bernardino— la excelencia de esta Virgen, que sólo Dios puede y sabe comprenderla”²⁹.

“No es de admirar, pues —advierte Santo Tomás de Villanueva—, que los sagrados Evangelistas, tan difusos en escribir las alabanzas de un Bautista y de una Magdalena, hayan sido tan concisos en describir las prerrogativas de María.” “¿Qué más pudieran decir —prosigue el mismo Santo—, qué más pudieran decir

²⁵ De Grat. Nov. Test. tract. 6.

²⁶ Tract. de L. V.

²⁷ Orat. de Laud. Deip.

²⁸ Or. de Dorm. Deip.

²⁹ Ap. Pelb. Stellar. 1, p. 3, art. 2.

los Evangelistas de las grandezas de esta Virgen? ¿No basta que atestigüen que fue Madre de Dios? Habiendo descrito, pues, los mismos en esta sola palabra el mayor y aun el conjunto de sus atributos, era inútil que los fuesen enumerando por partes”³⁰. “Decir solamente de María —replica San Anselmo— que es Madre de un Dios, ¿no es colocarla en el grado más alto de elevación que pueda imaginarse después de Dios?”³¹ Y Pedro Celense sobre el mismo pensamiento añade: “Dale el nombre que quieras: Reina del cielo, Señora de los Angeles o cualquiera otro título honorífico, nunca llegarás a honrarla tanto como llamándola simplemente Madre de Dios”³².

La razón de esto es evidente, porque, como enseña el angélico Doctor, cuanto más una cosa se acerca a su principio, tanto más participa de sus perfecciones, y por esto siendo María la criatura más próxima a Dios, participa más que todas las otras de gracia, perfección y grandeza³³. De lo que deduce el padre Suárez que la dignidad de Madre de Dios es de orden superior a cualquiera otra dignidad creada, porque pertenece en cierto modo al orden de la unión con una persona divina, con la cual va necesariamente unida³⁴. Por esto, igualmente San Dionisio Cartujano afirma que después de la unión hipostática no hay otra cosa más próxima que la de Madre de Dios³⁵. “Esta es —enseña

³⁰ Tom. 2. Serm. 51, art. 3, c. 2.

³¹ Con. 2 de Nat. Virg.

³² De exc. Virg. c. 4.

³³ Lib. de Pan. c. 31.

³⁴ 3 p. q. 27, art. 5.

³⁵ Tom. 2 in 3 par. D. 2. S. 2.

Santo Tomás — la unión más elevada que una simple criatura puede tener con Dios”³⁶. Y el beato Alberto Magno afirma que el ser Madre de Dios es la dignidad inmediata a la de Dios³⁷; por lo cual dice que María no pudo estar más unida a Dios de lo que estuvo, a no ser que fuera también Dios.

San Bernardino afirma que la santísima Virgen para ser Madre de Dios debió ser elevada a cierta igualdad con las Personas divinas, por medio de una gracia casi infinita³⁸. Y como los hijos, moralmente hablando, se reputan una misma cosa con sus padres, de modo que entre ellos son comunes los bienes y los honores, San Pedro Damiano deduce que si Dios habita de varios modos en las criaturas, en María habitó por un modo especial de identidad, haciéndose una misma cosa con Ella³⁹. Y luego exclama con aquel célebre dicho: “Enmudezca y tiemble toda criatura, y apenas se atreva a mirar la inmensidad de dignidad tan excelsa. Dios habita en la Virgen, con la cual tiene identidad de una naturaleza”⁴⁰.

Esta es la razón por la cual Santo Tomás afirma que siendo María Madre de Dios, por razón de esta unión tan íntima con un ser infinito, recibió cierta dignidad infinita, que el padre Suárez llama infinita en su género⁴¹; pues la dignidad de Madre de Dios es la más grande que pueda conferirse a una criatura. En efecto,

³⁶ Lib. 2 de Laud. Virg.

³⁷ I p. q. 25, art. 6.

³⁸ Super Miss. cap. 130.

³⁹ T. I. Sermon. 16, c. 16.

⁴⁰ Sermon. 1 de Nat. Virg.

⁴¹ Loc. cit.

el Doctor angélico enseña que si bien la humanidad de Jesucristo hubiera podido recibir de Dios mayor gracia habitual⁴², sin embargo en cuanto a la unión con una Persona divina no pudo recibir mayor prerrogativa⁴³; así, al contrario, la bienaventurada Virgen no pudo ser elevada a una dignidad mayor que la de Madre de Dios⁴⁴. Lo mismo escribió Santo Tomás de Villanueva: “Tiene sin duda — dice — cierta infinitad el ser Madre del Infinito”⁴⁵; añadiendo San Bernardino de Sena que el estado a que Dios exaltó a María haciéndola su Madre fue sumo, de modo que no pudo elevarla más⁴⁶; lo que confirma el beato Alberto Magno diciendo: “El Señor dio a la bienaventurada Virgen lo sumo de que fue capaz una criatura, esto es, la maternidad de Dios”⁴⁷.

Apoyado en esto San Buenaventura, escribió aquella célebre sentencia, que Dios puede hacer un mundo más vasto, un cielo más grande, pero no una criatura más sublime y perfecta que su Madre¹. Sin embargo, la divina Madre expresó mejor que todos hasta qué grado Dios la había exaltado cuando dijo: “Ha hecho en mí cosas grandes Aquel que es omnipotente”⁴⁸. ¿Y por qué la santísima Virgen no declaró entonces cuáles eran los grandes dones que Dios le había concedido? Santo Tomás de Villanueva contesta que no los expli-

⁴² Tom. 2 in 3 p. D. 18, s. 4.

⁴³ Opus. 2. Comp. Theol. c. 215.

⁴⁴ 3 p. q. 7, art. 12, ad. 2.

⁴⁵ 1 part. q. 15, ar. 6, ad. 4.

⁴⁶ Conc. 3 de Nat. Mar.

⁴⁷ Tom. 3. Sermon. 6, ar. 5, cap. 1.

⁴⁸ L. 1 de Laud. Virg. c. 178.

có, porque eran tan grandes que no podían explicarse⁴⁹.

Con razón, pues, dijo San Bernardo que Dios por esta Virgen que debía ser su Madre crió el mundo⁵⁰, y San Buenaventura que la conservación del mundo debe atribuirse a la intercesión de María⁵¹, apoyándose ambos en un texto de los Proverbios que la Iglesia aplica a María: “Estaba yo con El disponiendo todas las cosas”⁵². A todo esto añade San Bernardino que Dios por el amor de María no destruyó al hombre después del pecado de Adán⁵³. Por lo que con razón la santa Iglesia canta de María que: “Escogió para sí la mejor parte”⁵⁴; porque esta Madre Virgen no sólo eligió las cosas mejores, sino de éstas la mejor parte, dotándola el Señor en sumo grado (como atestigua el beato Alberto Magno) de todas las gracias y dones generales y particulares conferidos a las demás criaturas; todo en consecuencia a la dignidad de Madre de Dios, que le había sido concedida⁵⁵. De manera que María fue niña, pero sólo tuvo de aquella edad la inocencia, no el defecto de la incapacidad; pues desde el primer instante de su vida gozó el perfecto uso de razón. Fue Virgen, pero sin la afrenta de la esterilidad. Fue Madre, pero sin perder el privilegio de la virginidad. Fue hermosa y aun hermosísima, como dicen

⁴⁹ Spec. B. V. Lect. 10.

⁵⁰ Luc. I, 40.

⁵¹ Cant. 3 de Nat. Virg.

⁵² Serm. 7 in Salv. Reg.

⁵³ Ap. P. Pepe Lez. 371.

⁵⁴ Prov. VIII, 30.

⁵⁵ Tom. 1. Serm. 61, cap. 8.

Ricardo de San Víctor, San Jorge Nicomediense y San Dionisio Areopagita, al cual atribuyen muchos la dicha de haber contemplado una vez la belleza de María, y dice que si la fe no le hubiese enseñado que Ella era una criatura, la hubiera adorado como a Dios. Lo mismo reveló el Señor a Santa Brígida diciéndole que la hermosura de su Madre excedió a la de todos los hombres y Angeles, pues oyó la Santa que hablando con María decía: "Tu hermosura aventaja a la de los Angeles y a todo lo criado"⁵⁶. Fue hermosísima, digo, pero sin peligro de quien la miraba, porque su belleza disipaba los movimientos impuros e inspiraba pensamientos de pureza, como atestigua San Ambrosio⁵⁷, y lo confirma Santo Tomás. Por esto se compara a la mirra, que impide la putrefacción: "Exhalé fragante olor como la mirra escogida", cuyas palabras le aplica la santa Iglesia. En la vida activa trabajaba, pero sin que el trabajo la distrajesa de unirse con Dios. En la contemplativa estaba recogida con el Señor, pero sin olvidarse de las cosas temporales y de la caridad debida al prójimo. Alcanzóle al fin la muerte, pero sin angustias, y sin la corrupción del cuerpo. Concluamos, pues. Esta divina Madre es infinitamente inferior a Dios, pero es inmensamente superior a todas las criaturas. Y si es imposible hallar un hijo más noble que Jesús, es imposible también encontrar una madre más noble que María. Esto autoriza a los devotos de esta Reina no sólo a regocijarse en sus grandezas, sino también para aumentar su confianza en su poderosi-

⁵⁶ In Off. B. V.

⁵⁷ Bibl. Max. in Luc. 13.

simo patrocinio, pues en calidad de Madre de Dios, dice el padre Suárez, tiene cierto derecho sobre sus dones para alcanzarlos a aquellos por quienes ruega⁵⁸. Por otra parte, dice San Germán que Dios, no puede dejar de oír los ruegos de María, porque no puede dejar de reconocerla por su verdadera e inmaculada Madre. Así se expresa el Santo hablando con la Virgen: “Tú, pues, que ejerces la autoridad materna con Dios, consigues la insigne gracia de la reconciliación, aun a favor de los que cometen pecados enormes. No puedes dejar de ser oída, porque Dios te obedece como a su verdadera e inmaculada Madre”⁵⁹. “De manera que a Vos, oh Madre de Dios y Madre nuestra, no os falta poder ni voluntad para socorrernos”⁶⁰. “Pues, Vos ya sabéis, os diré con vuestro abad Celense, que Dios no os ha criado solamente para sí, sino que os ha dado a los Angeles por su restauradora, a los hombres por su reparadora, y a los demonios para combatirlos, a fin de que por vuestra intercesión recobremos la divina gracia, y por Vos el enemigo quede vencido y derribado”⁶¹.

Y si deseamos complacer a la Madre de Dios, saludémosla frecuentemente con el *Ave María*. Apareciéndose un día la Virgen a Santa Matilde la dijo que no podía venerarla mejor que con esta salutación angélica. De este modo alcanzaremos gracias singulares de esta Madre de misericordia, como se verá en el siguiente

⁵⁸ Lib. 2. Rev. c. 51.

⁵⁹ De Inst. Virg. c. 7.

⁶⁰ Tom. 3 in p. D. 1, 5, 2.

⁶¹ De Zon. Virg.

Es célebre el suceso que el padre Pablo Señeri refiere en su *Cristiano instruido*⁶². Un joven cargado de pecados deshonestos y de costumbres depravadas fue a confesarse en Roma con el padre Nicolás Zucchi. El confesor le acogió con caridad, y compadeciéndose de su miseria le dijo que la devoción a Nuestra Señora podía librarle de aquel vicio maldito; por lo que le impuso por penitencia que hasta la otra confesión cada día al levantarse y al acostarse rezase un *Ave María* a la Virgen, ofreciéndole los ojos, las manos y todo el cuerpo, suplicándole le guardase como cosa suya, y que besase tres veces el suelo. Practicó el joven esta penitencia, y al principio con poca enmienda; pero el padre continuó inculcándole que no la dejase jamás, animándole a que confiase en el patrocinio de María. A este tiempo el penitente partió con otros compañeros, y fue muchos años recorriendo el mundo. Habiendo regresado a Roma, volvió a buscar a su confesor, quien con el mayor regocijo y admiración le halló enteramente mudado y libre de las antiguas fealdades. “Hijo —le dijo—, ¿cómo has alcanzado de Dios tan feliz cambio?” El joven contestó: “Padre, con aquella corta devoción que me enseñasteis, la Virgen me ha logrado esta gracia”; pero no concluyen aquí las maravillas. El mismo confesor refirió este suceso en el

⁶² S. Born. serm. de Ass.

⁶³ V. in Ps. Cont. Virg.

⁶⁴ P. 3. Rag. 34.

pulpito, y habiéndole oído un capitán, el cual hacía muchos años que vivía deshonestamente con una mujer, se propuso practicar también la misma devoción, a fin de librarse de aquella terrible cadena que le tenía esclavo del demonio, y así dejó también aquella mala costumbre y mudó de vida.

Hay aún más. Transcurridos seis meses, confiando temerariamente en sus fuerzas, quiso ir un día a buscar a aquella mujer para ver si ella había mudado también de vida; pero al acercarse a la puerta de su casa, en donde era evidente el peligro de que volviese a caer, se sintió impelido hacia atrás por una fuerza invisible, hallándose distante de la casa todo lo largo de la calle, y le dejaron delante de la casa en que él vivía. Entonces conoció con una luz clara que María le libraba así de su perdición. Con esto se ve cuán solícita es nuestra buena Madre, no sólo en sacarnos del pecado, si nosotros con este buen fin nos encomendamos a Ella, sino también en librarnos del peligro de nuevas caídas.

ORACIÓN

¡Oh Virgen inmaculada y santa! ¡Oh criatura la más humilde y más sublime delante de Dios! Vos fuisteis tan pequeña a vuestros ojos, pero grande a los de Nuestro Señor, que os exaltó hasta elegiros por Madre, y haceros en consecuencia Reina del cielo y de la tierra. Doy gracias, pues, a aquel Dios que tanto os ha exaltado, y me regocijo con Vos de veros tan unida a Dios, que no es permitido estarlo más a una simple criatura. Me avergüenzo de presentarme a Vos que

sois tan humilde con tantas prerrogativas, siendo yo miserable y orgulloso con tantos pecados. Pero a pesar de mis miserias quiero también saludaros: “Dios te salve, María, llena eres de gracia.” Vos estáis llena de gracia, alcanzadme parte de ella. “El Señor es contigo.” Aquel Señor que ha estado siempre con Vos desde el primer instante de vuestra creación, ahora se ha unido más con Vos haciéndose vuestro Hijo. “Bendita tú eres entre todas las mujeres.” ¡Oh mujer bendita entre todas las mujeres!, alcanzad también para nosotros la divina bendición. “Y bendito es el fruto de tu vientre.” ¡Oh planta bendita que habéis dado al mundo un fruto tan noble y santo! “Santa María, Madre de Dios.” ¡Oh María!, yo confieso que sois la verdadera Madre de Dios, y estoy pronto amar mil veces la vida para defender esta verdad. “Ruega por nosotros pecadores.” Pero si Vos sois la Madre de Dios, sois también la madre de nuestra salvación y de nosotros pobres pecadores, pues por salvar a los pecadores Dios se hizo hombre y os eligió por Madre suya, a fin de que vuestros ruegos tuviesen la virtud de salvar a cualquier pecador. Ea, pues, oh María, rogad por nosotros. “Ahora, y en la hora de nuestra muerte.” Rogad siempre, rogad ahora que nos hallamos rodeados de tentaciones y peligros de perder a Dios; pero rogad principalmente en la hora de nuestra muerte, cuando estaremos próximos a salir de este mundo, y a ser presentados al divino tribunal, a fin de que salvándonos por los méritos de Jesucristo y por vuestra intercesión podamos llegar un día, sin peligro ya de perdernos, a saludaros y alabaros con vuestro Hijo en el cielo por toda la eternidad. Amén.

DISCURSO V

DE LA VISITACIÓN DE LA VIRGEN

María es la tesorera de todas las divinas gracias. Por lo que el que desee gracias debe recurrir a María; y el que la invoca ha de estar seguro de obtener las que desea.

La familia que es visitada por una persona real se juzga feliz, ya por el honor que por ello recibe, ya por las ventajas que después espera. Pero mucho más feliz debe llamarse aquella alma a la que visita la Reina del universo María santísima, quien no sabe dejar de colmar de bienes y gracias a aquellas almas afortunadas que se digna visitar por medio de sus favores. La casa de Obededon fue bendecida cuando la visitó el arca del Señor¹. Pero ¡cuántas mayores bendiciones alcanzan los que reciben alguna visita amorosa de esta arca viva de Dios, cual fue la divina Madre! “¡Feliz aquella casa que visita la Madre de Dios!”, escribió Engelgrave. Bien lo experimentó la casa del Bautista, pues apenas María entró en ella, colmó a toda aquella familia de gracias y bendiciones celestiales, por lo que la fiesta de la Visitación se llama comúnmente la fiesta de Nuestra Señora de las Gracias. Examinemos, pues, en el presente discurso cómo la divina Madre es la tesorera de todas las gracias, dividiéndolo al efecto en dos puntos. En el primero veremos que el que desea

¹ I Par. XIII, 14.

obtener gracias ha de acudir a María. En el segundo, que el que así lo practica debe estar seguro de alcanzar las gracias que desea.

PUNTO I

Habiendo oído la santísima Virgen del arcángel San Gabriel que su prima Isabel estaba en cinta de seis meses, iluminada interiormente del Espíritu Santo, conoció que el Verbo humanado y hecho ya Hijo suyo quería emprezar a manifestar al mundo las riquezas de su misericordia concediendo sus primeras gracias a toda aquella familia. Por lo que, desde luego, como refiere San Lucas², levantándose del reposo de su contemplación, a la cual estaba continuamente aplicada, y dejando su amada soledad, partió luego hacia la casa de Isabel. Y como la santa caridad todo lo sobrelleva y la gracia del Espíritu Santo no sabe sufrir ningún retardo, según dice San Ambrosio hablando sobre este Evangelio, por esto, sin inquietarse por las fatigas del viaje, la tierna y delicada doncella se puso luego en camino. Habiendo llegado a aquella casa saludó a su prima; y como observa San Ambrosio, María fue la primera en saludar a Isabel. Pero la visita de la bienaventurada Virgen no fue como son las visitas de los mundanos, que regularmente se reducen a ceremonias y fingidos cumplimientos; pues la visita de María atrajo a aquella casa un tesoro de gracias. En efecto, a su entrada y a su primera salutación, Isabel

² I. 39.

quedó llena del Espíritu Santo, y Juan lavado de la culpa original y santificado; por lo que dio aquella señal de júbilo, saltando en el vientre de su madre, queriendo manifestar así la gracia que había recibido por medio de la bienaventurada Virgen, como declaró la misma Isabel. De modo que, según observa Bernardino de Bustos, en virtud de la salutación de María recibió Juan la gracia del Espíritu divino que le santificó³.

De consiguiente, si estos primeros frutos de la redención pasaron todos por manos de María, y Ella fue la canal por donde se comunicó la gracia al Bautista, el Espíritu Santo a Isabel, el don de profecía a Zacarías, y tantas otras bendiciones como recibió aquella familia, que fueron las primeras gracias que sabemos hiciese el Verbo sobre la tierra después de su encarnación; es muy justo que creamos que Dios desde entonces constituiría a María en acueducto universal, como la llama San Bernardo, por el cual en lo sucesivo pasasen a nosotros todas las demás gracias que el Señor quisiese dispensarnos, conforme dijimos en la parte primera, capítulo quinto.

Con razón, pues, llamamos a esta divina Madre el tesoro, la tesorera y dispensadora de las divinas gracias. Así la llamaron el venerable abad de Celles⁴, San Pedro Damiano, el beato Alberto Magno, San Bernardino y un doctor griego citado por Petavio. Así la llamó también San Gregorio Taumaturgo, el cual decía: "María se dice llena de gracia, porque en Ella se

³ Part. 7. Serm. 1.

⁴ Prol. Cont. Virg. c. 1.

halla depositado el tesoro de las gracias.” Y Ricardo de San Lorenzo dice que Dios ha colocado en María, como en un erario de misericordia, todos los dones de la gracia, de cuyo tesoro El enriquece a sus siervos.

Hablando San Buenaventura del campo del Evangelio en donde se halla escondido el tesoro que debe comprarse a todo precio, como dijo Jesucristo: “El reino de los cielos es semejante a un tesoro escondido en el campo, que si un hombre lo halla, va y vende cuanto tiene y compra aquel campo”⁵; dice que este campo es María nuestra Reina, en la cual está el tesoro de Dios, que es Jesucristo, y con Jesucristo el manantial y la fuente de todas las gracias⁶. San Bernardo ya afirmó que el Señor ha puesto en manos de María todas las gracias que quiere dispensarnos, a fin de que sepamos que todos los bienes que recibimos nos llegan por su intercesión⁷. Es esto tan cierto que la misma Virgen María nos lo asegura diciendo: “En mí se halla toda la gracia para conocer el camino de la verdad”⁸. En mí están todas las gracias de los verdaderos bienes, que vosotros, oh hombres, podéis desear en vuestra vida. “Sí, Madre y esperanza nuestra —le decía San Pedro Damiano—, ya sabemos que todos los tesoros de la divina misericordia se hallan en vuestras manos. Y antes de él lo afirmó San Ildefonso con mayor expresión, cuando hablando con la Virgen le decía: “Señora, todas las gracias que Dios ha determinado

⁵ Matth. XIII, 44.

⁶ Spec. c. 7.

⁷ Serm. de Aquaed.

⁸ Eccli. XXIV, 25.

dispensar a los hombres ha resuelto concedérselas por vuestras manos, y por esto os ha confiado todos los tesoros de las gracias”⁹. “De modo que, oh María —concluía San Germán—, no se dispensa gracia alguna sino por vuestras manos”¹⁰. “No temas, oh María —decía San Alberto Magno, haciendo la más bella reflexión sobre las palabras que dijo el Ángel a la santísima Virgen—, porque has hallado gracia delante del Señor”¹¹. “No temas, porque has hallado la gracia. No la usurpaste como quiso hacerlo Luzbel, no la perdiste como Adán, no la compraste como quería hacerlo Simón Mago, sino que la hallaste porque la has deseado y buscado. Has hallado la gracia increada, que es el mismo Dios hecho ya Hijo tuyo, y junto con ella todos los bienes creados, y los has alcanzado”¹². Confirma este pensamiento San Pedro Crisólogo diciendo, que la gran Madre halló esta gracia para dar después la salud a todos los hombres¹³. Y en otro lugar dice que María halló una gracia llena, suficiente para salvar a cada uno de nosotros¹⁴. “De tal modo —dice Ricardo de San Lorenzo— que así como Dios crió el sol para que con sus rayos quede iluminada la tierra, así crió a María para dispensar por su medio al mundo todas las divinas misericordias”¹⁵. Añadiendo San Bernardo que la Virgen desde el momento que fue

⁹ In Cor. Virg. c. 15.

¹⁰ Serm. de Zona Virg.

¹¹ Luc. I, 30.

¹² In Marial. c. 137.

¹³ Serm. 3 de Ann.

¹⁴ Serm. 142.

¹⁵ De Laud. Virg. l. 7.



Sanctus Amabilis



Nomen eius Amabilis Domini

hecha Madre del Redentor adquirió cierta jurisdicción sobre todas las gracias¹⁶.

Concluyamos, pues, este punto con las palabras de Ricardo de San Lorenzo, el cual dice que si queremos alcanzar alguna gracia acudamos a María, quien no puede dejar de obtener para sus siervos todo lo que pide, pues Ella halló la gracia divina y la halla siempre¹⁷; lo que tomó de San Bernardo, el cual dijo: “Si deseamos, pues, gracias, es preciso que nos dirijamos a esta tesorera y dispensadora de las gracias”¹⁸; “pues que la voluntad suprema del dador de todo bien —según asegura el mismo Santo— es que todas las gracias se dispensen por mano de María”¹⁹. Quien dice todo, no exceptúa nada. Mas como para alcanzar las gracias se necesita la confianza, pasemos ahora a ver cuán ciertos debemos estar de conseguirlas acudiendo a María.

PUNTO II

¿Para qué puso Jesucristo en manos de su Madre todos los tesoros de las misericordias que quiere dispensarnos, sino a fin de que enriqueciese a todos sus devotos que la aman, la honran y acuden a Ella con confianza? Así nos lo asegura la misma Virgen en un texto que la Iglesia le aplica en muchas festividades suyas²⁰. “Conmigo están las riquezas... para enriquecer

¹⁶ Serm. 61. Trat. 1. ar. 8.

¹⁷ De Laud. Virg. lib. 2. p. 5.

¹⁸ Serm. de Aquaed.

¹⁹ Loc. cit.

²⁰ Prov. VIII. 18.

a los que me aman.” “Así es —dice el abad Adán—; únicamente con el objeto de socorrernos, conserva María estas riquezas de vida eterna, en cuyo seno ha colocado el Salvador el tesoro de los miserables, a fin de que proveídos de él los pobres se hagan ricos”²¹. Y San Bernardo añade, según encuentro en un autor, que María ha sido dada al mundo como un canal de misericordia, a fin de que por su mediación las gracias bajen continuamente del cielo a los hombres.

El mismo Santo Padre investiga después, ¿por qué San Gabriel que halló a María llena de gracia, según se lo anunció al saludarla, añade que el Espíritu Santo había de bajar a Ella para llenarla aún más de gracia? Si estaba ya llena de gracia, ¿qué más podía obrar la venida del Espíritu Santo? María, dice el Santo, estaba llena de gracia, pero el Espíritu Santo la colmó abundantemente de ella para nuestro bien, a fin de que de su superabundancia fuésemos proveídos nosotros miserables; por lo que María fue comparada a la luna, de la cual se dice: “Luna llena para sí y para los otros.”

Bienaventurado el que acude a mí y me halla, dice nuestra Madre; él encontrará la vida, y la encontrará fácilmente²², pues que así a como es fácil hallar y tomar tanta agua como se quiere de una fuente abundante, así es fácil hallar las gracias y la salvación eterna acudiendo a María. Un alma santa decía: basta pedir las gracias a la Virgen para obtenerlas; y San Bernardo afirma que antes de nacer la Virgen no había en el mundo la abundancia de gracias como ahora

²¹ In Aleg. utr. Test. c. 24, Eccl.

²² Prov. VIII, 35.

inundan la tierra, porque el mundo no poseía aún este admirable canal que es María²³. Mas ahora que ya tenemos a esta Madre de misericordia, ¿qué gracia podremos desconfiar de obtener si nos postramos a sus pies? Yo soy la ciudad de refugio, así la hace hablar San Juan Damasceno, para todos los que acuden a mí. Venid, pues, hijos míos, y os concederé las gracias con mayor abundancia de lo que pensáis²⁴.

No tiene duda que a muchas almas les sucede lo que observó la venerable sor María Vilani en una visión celestial. Aparecióse una vez a esta sierva del Señor la Madre de Dios, a semejanza de una copiosa fuente, a la que acudían muchos para tomar abundancia de agua de la gracia; pero ¿qué sucedió luego? Los que llevaban los vasos enteros conservaban enteras las gracias recibidas, mas los que llevaban los vasos rotos, esto es, las almas cargadas de pecados, recibían la gracia, pero volvían luego a perderla. Por lo demás es cierto que por medio de María cada día alcanzan innumerables gracias los hombres, aun los ingratos, los pecadores y los más miserables. Hablando San Agustín con la Virgen dice: “Por ti, nosotros miserables heredamos la misericordia, ingratos la gracia, pecadores el perdón, enfermos las cosas sublimes, terrenos las celestiales, mortales la vida y peregrinos la patria”²⁵.

Aumentemos, pues, nuestra confianza, oh devotos de María, siempre que acudamos a Ella para pedirle gracias. Y a fin de avivar nuestra confianza, acordé-

²³ Serm. de Aquaed.

²⁴ Serm. 2 de Dorm. B. V.

²⁵ Serm. de Ass. B. V.

monos siempre de dos grandes atributos que tiene esta buena Madre, a saber, del deseo que la anima de hacernos bien, y del poder que ejerce con el Hijo de alcanzar cuanto quiere. Para conocer el deseo que tiene María de socorrernos a todos bastaría considerar el misterio de la fiesta que nos ocupa, a saber, la visita que hace María a Isabel. La distancia desde Nazareth, en donde habitaba la santísima Virgen, hasta la ciudad de Hebron, a la que San Lucas llama ciudad de Judá, como dicen Baronio y otros autores, en donde vivía Isabel, constaba casi de sesenta y nueve millas, según refieren el autor de la Vida de María, fray José de Jesús y María, carmelita descalzo²⁶, Beda y Brocardo; mas a pesar de esto, la bienaventurada Virgen, tierna y delicada doncella como era entonces, y no hallándose acostumbrada a semejantes fatigas, para ponerse en camino no se arredra, impelida de aquella fervorosa caridad de que estuvo siempre lleno su afectuosísimo corazón, para ir a empezar desde entonces su grande oficio de dispensadora de las gracias. María, dice San Ambrosio hablando de este viaje, no fue para cerciorarse de si Isabel estaba embarazada, como le había dicho el Angel, sino que gozosa con el deseo de ser útil a aquella familia se apresuró por el júbilo que experimentaba de hacer bien a su prójimo, y por su solicitud en ejercer aquel oficio de caridad. Nótese aquí que hablando el Evangelista del viaje de María a la casa de Isabel dijo que caminó aprisa, pero que al hacer mención de su regreso de aquella casa ya no expresa

²⁶ Lib. 5. c. 12.